

CONTRIBUCIÓN AL HOMENAJE A LA MEMORIA DEL EXCMO. SR. EMBAJADOR DE ESPAÑA E ILUSTRE GIENNENSE JOSÉ LUIS MESSÍA JIMÉNEZ

Por Enrique Toral y Peñaranda

NOTA PRELIMINAR

EN el Sanatorio Rúber de Madrid, el 23 de noviembre de 1997, fallecía el excelentísimo señor don José Luis Messía Jiménez.

Con laudable concisión en la esquila publicada en el *Diario ABC* se omitían sus cargos y las condecoraciones que ostentó en vida. Sólo se mencionaban su título nobiliario de Marqués de Busianos y su categoría de Embajador de España.

El Instituto de Estudios Giennenses del que era Consejero quiso, para honrar su memoria, dedicar un número de su *Boletín* con carácter monográfico, y para llevarlo a efecto la Comisión Permanente designó a los consejeros don Manuel Urbano Pérez-Ortega y don Enrique Toral Peñaranda y al Embajador de España, excelentísimo señor don José Cuenca Anaya, con fecha de 4 de marzo de 1999.

Al no ser posible la colaboración del señor Cuenca, por razones que no conocemos, pero que cabe suponer por las obligaciones de su cargo de Embajador en el Canadá, hemos resuelto los consejeros que suscribimos publicar nuestros trabajos sin más demora, que la memoria de nuestro amigo no consiente.

El *ABC* dio cuenta del fallecimiento de José Luis Messía con estas líneas de frío compromiso. (No exento de errores).

«Necrológica.—Ayer falleció en Madrid José Luis Messía Jiménez, marqués de Busianos y embajador de España en diversos países. Messía fue el hombre que negoció la llegada de España al Consejo de Europa. Empezó su carrera diplomática en 1945 y en 1953 ya era embajador en Chile. Asimismo, fue secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, Consejero cultural de la Embajada de España en Francia, cónsul general en Estrasburgo, consejero nacional de Educación, así como presidente de cooperación cultural del Consejo de Europa, cargo al que accedió en 1974. Su entierro se celebró en la intimidad. La misa de funeral tendrá lugar el próximo miércoles, día 27, a las siete de la tarde, en la iglesia de San Fermín de los Navarros (Eduardo Dato, 10)».

Pero si este suelto es frío y equivocado en parte, ya que Messía no fue embajador en Chile, sí fueron cálidos los artículos que publicó debidos a Rafael Gómez Jordana Prats y a Carmen Guirado.

Escribía el primero con sincero dolor:

«José Luis Messía.—José Luis, con quien tanto quería, "se me ha muerto como por el rayo". Juntos iniciamos en el "Monte Amboto" nuestra gran travesía de treinta y cinco días en nuestro primer encuentro en el Ecuador; nuestro descubrimiento de América y los pasos iniciales en la Carrera Diplomática.

Viajábamos junto a Enrique Iniesta y Luis Gálvez, dos grandes del arte y sobre todo de la entrañable amistad. La noticia me la ha enviado otro gran amigo de los dos, Rafael de Penagos. José Luis, intelecto puro y ancho corazón, fue siempre mi mejor amigo. Una amistad con esqueleto siempre joven. Él era cerebro; profundo sentido del humor; trabajador infatigable. Juntos hacíamos un gran equipo. Se apoyaba en mi sentido fácil y alegre de la vida y él ponía su inteligencia siempre a punto. Así irrumpíamos en una prensa y en unos medios políticos del Chile de los años cincuenta nada favorables a la España de entonces. Cariñosamente le llamábamos "el guatón"; a nuestro ministro consejero, marqués de Zabalgui, también de nuestro equipo "El viejo marqués", y a mí, quizá por mi sentido musical de la vida, Conde Danilo". Los dos aspiramos siempre al puesto de embajador en Chile, "nuestro país de origen". No lo conseguimos. Cuando me consideré más cerca de ello me enviaron a Libreville, "por mis conocimientos de Hispanoamérica", como embajador en Gabón, donde, a decir verdad, fui muy feliz. José Luis se quedó en la vieja Europa, como él la llamaba.

Nuestra amistad se reencontró por un breve período, siendo yo embajador en el Uruguay y él en la República Argentina. Después nos vimos

poco. Últimamente, en su residencia de Madrid, me pasó emocionado un vídeo reconstruido de nuestros pasos en Chile. Con su generosidad elogió mi libro sobre la diplomacia. Yo asistí a la presentación del suyo sobre Europa. Allí nos dimos nuestro último abrazo. Hace poco hablé con él por teléfono. Su voz era débil. José Luis, con esta lágrima de agradecimiento por lo que me enseñastes, te digo adiós.

A José Luis Messía desde Andalucía, su tierra».

A la excelentísima señora doctora Carmen Guirado se debe la mejor nota necrológica tributada a la memoria de José Luis Messía. Se publicó, al igual que la anterior, en el ABC.

«*Por la palabra de honor*».—Señores, termina de morir José Luis Messía, marqués de Busianos, embajador de España. La madrugada de este primer día de semana, lunes 24 de noviembre, se ha teñido de luto. Una gloria de la diplomacia española nos ha dejado. Diplomático de carrera, desde su primer puesto asumió su tarea con tanta dignidad y tanta sabiduría que, bien joven, fue personalidad destacable. Sus dos períodos de actuación en Estrasburgo dejaron impronta internacional y fue nombrado maestro de maestros en la tarea diplomática. Estrasburgo lo nombró, con los máximos honores, miembro de su Universidad. En la refinada diplomacia del cónclave de representantes del mundo, destacados en las difíciles misiones, Norteamérica lo admiró. Todavía resuena en mis oídos aquella crónica de Cirilo Rodríguez en TV. Y cuando a las cinco de la mañana me telefoneó Cirilo desde Nueva York —“Carmen, ¿has oído mis palabras sobre tu primo? Pues me ha faltado espacio para decir que además es un extraordinario ‘Cordon Bleu’ bañado en salsas de diplomacia, que invitó a colegas suyos de misión en Nueva York, muy contrarios a España, y salieron de su comida totalmente conquistados. ¡Qué grande es tu primo José Luis!”. Sí. Yo conocí muy de cerca su quehacer en París, porque cuando yo estudiaba allí, en el Centro Internacional, él estaba de agregado cultural en la Embajada de España, y me hacía gracia que desde el embajador hasta el último botones le consultaban todo. Nuestro común tío José Yangüas Messía, que es muy sabido que para la familia hilaba muy delgado y nos hacía estar a todos bien “tiesos”, estaba orgulloso de su sobrino el diplomático Messía. Y, ¡qué hablar de su última misión en Argentina! En fin, su currículum es conocido. Lo que no es tan conocido es este último año suyo lleno de discreción, para no entristecer a amigos y parientes, de su fuerza de voluntad para soportar su última dolorosa agonía, su bondad, su comprensión, que ha dejado nombre en la residencia de “La Aurora”, donde intentaba recuperarse con la ilusión de poder vivir, junto a su mujer, días de amor y felicidad en un “un peu d’oublie de tristes jours”. Hoy, finalizada la marti-

rizante agonía que con tanto señorío y educadísimo aguante ha soportado, bien merecidamente blanqueadas sus vestiduras, ha volado del Rúber al cielo, donde San Pedro lo habrá recibido y seguro que junto a él nuestro querido tío Pepe, como introductor de embajadores. Y aquí nos queda, junto a su inolvidable recuerdo, su último trabajo, su libro titulado "Por palabra de honor", porque fue su palabra de honor, y su honor de caballero, el inigualable aval que hizo que España, que ni siquiera tenía aún ni Constitución, tuviera el privilegio y el orgullo de ser valorada y admitida a formar parte del Consejo de Europa. Qué extraordinaria labor de refinada diplomacia del embajador Messía, que por su prestigio de bondad, honradez y sus intachables trabajos como experto de misión internacional, hizo de esta difícil misión un hito de gloria para nuestro pueblo, en el que él también confió, y, gracias a Dios, se cumplió con lo prometido y en el plazo previsto, con la caballerosidad y noble orgullo de la veracidad y la honradez.

Hoy, José Luis, en el Consejo de Europa la tristeza del adiós te acompaña llena de alabanzas, y los que aquí quedamos, amigos y familia, que te queremos y te querremos eternamente, agradecemos la belleza con que has sabido pasar por la vida dándonos ejemplo».

LOS MESSÍAS EN ÚBEDA

Apuntes de un linaje oriundo de Galicia, comarca de Missia

El caballero de Santiago don Fernando Messía y Messía, gran genealogista historiador de su linaje (y de otros muchos), en su nobiliario de la Casa de los Messía da como fundador del linaje ubetense a Garci Díaz Mesía, que al avecindarse en Úbeda y matrimoniar en ella fue padre de Juan Arias Mexía, nacido en ella y casado con Guiomar de Molina, siendo hijo de este matrimonio Diego Díaz Mexía que murió en el sitio de Algeciras cuando la sitió el rey don Alfonso de Onceno, y fue uno de los doce caballeros ubetenses que al desafiar y vencer a otros tantos caballeros moros dieron origen a los doce leones que figuran por orla en el escudo de la ciudad.

De este fue descendiente Diego López Mexía, caballero de la Banda de Castilla y uno de los jueces nobles de la famosa sentencia arbitraria de la nobleza del año de 1446.

Tras sucesivas generaciones de regidores, alguaciles mayores, alféreces, etc., etc., que no vamos a historiar aquí porque el curioso que quiera hacerlo tiene a mano bibliografía suficiente, llegamos a nuestro José Luis

Messía, jefe del linaje y marqués de Busianos, embajador de España al que dedicamos estos estudios; pero sí queremos resaltar algo de estos antepasados por la labor y los cargos que tuvieron en la vieja Europa en servicio de sus reyes.

En un viejo memorial dirigido al rey don Felipe IV por don Juan Mexía Pacheco en súplica de que se le concediese a uno de sus hijos el hábito de la Orden de Santiago que él y su padre don Fernando ostentaban alegaba como méritos acumulados lo siguiente que copiamos en esencia:

Diego López Messía, caballero de la Orden de Santiago fue gentil-hombre del Emperador don Carlos y fue con el dicho oficio a Flandes donde estuvo muchos años, sirviéndole en todas las ocasiones de paz y de guerra como teniente-capitán de su guardia española y también lo fue de Felipe II, al que acompañó en la jornada de Inglaterra, y en 1567 le envió el rey a ciertos tratos con el Rey de Túnez, en lo cual pasó grandes trabajos y se vio en muy grandes peligros, estando tres años en la fuerza de La Goleta.

(Como prueba de estos servicios, en el Fondo «Cárdenas-Messía» del Servicio Histórico Militar existen los siguientes documentos:

—Carta de Fernando, Emperador de Romanos, concediéndole 40.000 maravedís de renta en 1540.

—Felipe II le nombra su embajador a Muley Amat a la Goleta de Túnez para tratar la paz. Año de 1568.

—Instrucciones reales para esta misión.

—Correspondencia, años 1568-70).

En los dichos tres años que el dicho Diego López Messía estuvo en la dicha fuerza de la Goleta hubo guerra continua con los turcos que ganaron el dicho Reino de Túnez, en la cual el dicho Diego López Messía sirvió a su Magestad con su persona, hallándose en todas ocasiones y peleando con los enemigos, no faltando a ninguna salida, ni facción que se ofrecieron (lo que se acredita), por certificación de don Alonso Pimentel, alcaide y capitán que en el dicho tiempo fue de la Goleta.

* * *

Fue a servir y sirvió al socorro de Orán y Mazalquibir con su persona y criados a su costa.

Don Fernando Messía y Messía, su hijo, sirvió más de 20 años en las Galeras de la Orden de Santiago y vuelto a Úbeda, escribió un nobiliario, hoy perdido de linajes y el Memorial de la Casa Solar de Messía que ya hemos referido.

En su condición de sucesor directo del Juez Árbitro de la famosa Sentencia Arbitraria de Úbeda dada por el Príncipe don Enrique, señor de la ciudad en el año de 1446, custodiaba en su archivo, no sólo esa sentencia, sino además todas las pruebas que ante la Justicia de Úbeda se realizaban por los descendientes de los allí incluidos cuando solicitan ser comprendidos en sus beneficios.

El Comendador Juan de Mendoza Carvajal merece mención sobresaliente, pues su vida activa en el ejercicio de las armas se remonta a los años setenta del siglo XV en que siguiendo las banderas del Maestre de su Orden don Pedro Girón, sostuvo luchas contra el Condestable de Castilla, don Miguel Lucas, guerrero luego en toda la guerra de Granada, y no contento con ello, pasó a Italia como capitán de Caballos del Gran Capitán y en 1505 fue nombrado nada menos que Mariscal de Castilla a nombre de la reina doña Juana, nombramiento confirmado por el rey don Fernando; años después participó en tiempos del Emperador en la toma de la Isla de Cefalonia y alcanzó las Comunidades de Castilla.

Esta enorme fuerza viril, tuvo su complemento en la amatoria, porque no pudiendo casarse por prohibición de su Orden, tuvo amoríos con varias mujeres, casi todas del linaje de labradores, súbditos de su encomienda, con las que tuvo varios hijos e hijas de quienes descendían múltiples linajes de Jaén. Su hijo mayor, Rui Díaz de Mendoza fue también capitán de caballos y otro de sus hijos, don Cristóbal de Carvajal, caballero de Santiago, fue Colegial de Bolonia y Doctor en Leyes.

Y para rematar más su vida, diremos que tuvo gran amistad, según los tiempos con los moros granadinos y que se le conocía en la Frontera con el nombre de «Alí Mendoza».

Creemos que con estas rápidas pinceladas es posible darse cuenta del poderío de los Messías y de su importancia en la vida de Úbeda, en la que edificaron el precioso palacio de la calle Trinidad que hubo de vender, lastimosamente el padre de José Luis, y ha sido durante muchos años almacén de reparto y vivienda de la familia Sola.

Viniendo a sucesos más próximos, diremos que José Luis nació en Baños de la Encina, a la sombra de su magnífico castillo árabe, el día 25 del mes de noviembre del año de 1920 según se contiene en la correspondiente acta.

«En la Villa de Baños a las diez horas del día veinticuatro de noviembre de mil novecientos veinte, ante el Sr. Dn. Anselmo Coronel Godoy, Juez municipal de la misma y Dn Antonio Canales Vilches, Secretario, compareció Dn Juan Villarejo Delgado, mayor de edad, casado, empleado y de esta naturaleza y vecindad según acredita con su cédula personal que presenta con objeto de que se inscriba en este Registro civil un niño y al efecto como encargado por la familia del mismo, declaró que dicho niño nació en el domicilio de sus abuelos maternos en la calle Mesanza de esta población, el día veintiuno del actual a las seis horas, que es hijo legítimo del Excmo. Sr. Dn. José Salvador Messía Olivares, Marqués de Busianos, de edad de treinta años, propietario, natural de Córdoba y vecino de Úbeda (Jaén) y de la Excmo. Sra. D.^a María del Pilar Jiménez y Brull de veintidós años de edad, propietaria, Marquesa de Busianos, natural de Arjonilla (Jaén) y vecina de esta Villa. Que es nieto por la línea paterna de el Excmo. Sr. D. José María (difunto) y natural de Úbeda (Jaén) y de la Excmo. S.^a D.^a Ana también Marquesa, natural de Figueras (Gerona) y por la línea materna es nieto de Dn. Bernardo natural de esta población y de D.^a María del Pilar natural de Zaragoza.

Que al expresado niño se le puso el nombre de José Luis.

Todo lo cual presenciaron como testigos Dn. José Ortega Maeso y Dn. Miguel Maeso Díaz, mayores de edad y de esta naturaleza y vecindad.

Léda íntegramente esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeren por sí mismas si así lo creían conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado municipal y la firmaron».

Sus padres habían casado en Baños el 8 de diciembre de 1919 en la Iglesia Parroquial de San Mateo por el Cura Coadjutor, don Roque Reig Jordán y se concretan sus apellidos así:

Contrayentes:

Don José Messía y Olivares, Marqués de Busianos, de 29 años, soltero, natural de Córdoba.

Doña María del Pilar Jiménez y Brull, de 25 años, soltera, natural de Arjonilla (Jaén).

Padres:

Don José María Messía y Almansa, difunto Marqués de Busianos, natural de Úbeda (Jaén).

Doña Ana Olivares Fagés, natural de Figueras (Gerona).

Don Bernardo Jiménez y del Mármol, natural de Baños.

Doña María del Pilar Brull y Seoane, natural de Zaragoza.

José Luis tenía dos hermanas: Pilar y Ana. Pilar nació en Linares en el piso principal del núm. 23 de la calle de Los Álamos, el día 22 de agosto de 1924, y Ana.

Es de señalar para evitar errores que el abuelo de José Luis figura en las partidas como José María y en el árbol insertado por don Ginés de la Jara Torres Navarrete en el tomo segundo de su *Historia de Úbeda en sus documentos. Linajes y hombres ilustres*, página 212, como Ramón José Mexía Almansa, bautizado en Úbeda, Santa María el 23 de marzo de 1861. X Marqués de Busianos, casado en Córdoba el 26 de mayo de 1888 con doña Ana de Olivares Pagés, natural de Figueras.

La familia Messía Jiménez, después de varias vicisitudes, se afincó en Madrid, donde su jefe don José desempeñaba un cargo oficial en el Instituto Geográfico y Catastral y José Luis pudo, gracias al apoyo familiar y de su tío don José Yangüas Messía cursar los estudios de bachillerato en el Colegio del Pilar de la calle Castelló, que culminara en el Instituto de Ramiro de Maeztu poco antes de iniciarse nuestra desgraciada guerra incivil.

Y en Úbeda quedaron su abuela materna, doña Ana de Olivares, que fuera marquesa, viuda de Busianos y su hijo don Ramón Messía Olivares, asesinado en 1936, casado con su prima doña María de las Mercedes Sáenz Messía.

Mantuvo durante su difícil vida en los años de la contienda doña Ana su natural señorío y sencillez, con la sola compañía de una antigua muchacha y el apoyo de su médico, el doctor don Juan de Dios Peñas Bellón de grato recuerdo, finísimo poeta y hombre de bien.

Sus nietos la visitaban alguna vez y con ella asistieron a la inauguración en Linares del monumento a don José Yangüas Jiménez, que se celebró el 11 de marzo de 1928, recibiendo el monumento erigido por suscripción

popular, el alcaide accidental Marqués de Busianos, su propio padre, que desde 1916 era mayordomo de semana de la Casa Real.

Fallecida joven su madre y trasladada la familia a Madrid, se hizo cargo Pilar del buen funcionamiento de la familia, sacrificando en la atención de su enfermo padre y de sus hermanos sus deseos de estudiar la carrera de derecho, y podemos afirmar que ella fue clave para que a su hermano José Luis no le faltase el apoyo que precisaba para sus estudios que culminaron, como sabemos, con su ingreso en la Carrera Diplomática.

AÑOS DE FORMACIÓN

Universidad Central. Facultad de Derecho

1939-1943.

Hablar de José Luis Messía y de sus estudios universitarios es hablar de nosotros mismos; de los componentes de la primera promoción de la Universidad en la postguerra, porque nosotros comenzamos la carrera, previa dispensa del examen de ingreso en el mismo año 1939 que vio el fin de nuestra incivil guerra.

Allí, en las viejas aulas de San Bernardo nos encontramos cerca de seiscientos alumnos en los que figurábamos los que habíamos perdido tres años en la España republicana y los que procedentes de la llamada «España Nacional» habían cursado sus estudios con normalidad.

Los dos primeros años los cursamos en forma intensiva, en un solo ejercicio, aparte de que cada uno hubiera pasado ya los exámenes del preparatorio en la Facultad de Filosofía y Letras.

Esta varia procedencia y la diferencia de edad que rondaba los tres años, no supuso nada en realidad, aunque es cierto que todos estábamos encuadrados obligatoriamente en el SEU, lo que no impedía que algunos, aunque de forma algo tímida, no ocultasen su radical oposición a la situación actual. Recuerdo entre otros a Pérez Carballo, a cuyo hermano y cuñada habían asesinado en La Coruña donde era Gobernador Civil por su filiación socialista; pero con él convivían alféreces provisionales del ejército vencedor.

La mayoría queríamos simplemente estudiar, terminar pronto la carrera y opositar a alguna de las infinitas vacantes que en todos los cuerpos de la Administración había causado la guerra.

Y allí, codo con codo, en aquellos pupitres, nos conocimos y nos hicimos amigos «para siempre» José Luis y yo, que pronto conocimos nuestro común origen giennense y aunque luchamos para conseguir las mejores calificaciones, ello fue siempre dentro de la mayor cordialidad y ayuda mutua.

Porque es llegado el momento de decir que el expediente académico de José Luis era el mejor de toda la promoción, coronado por la obtención del Premio Nacional de fin de carrera.

Los dos proveníamos de colegios religiosos; él, de los Marianistas del Pilar; yo, de los Hermanos Maristas de Santa María, de los Madrazo. Los dos habíamos pagado el título de bachiller antes del 18 de julio, por cuya razón, y habérsenos expedido en la zona republicana, se nos dio uno nuevo, concluida la guerra, sin pago de derechos.

Tres asignaturas eran del primer curso. Instituciones de Derecho Romano a cargo de un todavía joven, Ursicino Álvarez Suárez, que regía la Cátedra de Castillejos provisionalmente; Economía Política, que daba don Mariano Sebastián, y la Historia General del Derecho Español, del padre don José López Ortiz, luego obispo de Ciudad Real y a la sazón fraile agustino de El Escorial.

Pues, bien, en las tres asignaturas logró José Luis sobresalientes y matrículas de honor. En el segundo curso, aquí cursillo, teníamos Instituciones de Derecho Canónico, a cargo del decano don Eloy Montero; Derecho Político, que daban al alimón Hermenegildo Baylos, letrado del Consejo de Estado, y Felipe Gómez-Acebo, luego notario de Madrid; Derecho Civil, parte general, a cargo de don Federico de Castro y Bravo, rigurosísimo profesor, muy temido por los malos alumnos.

Pues José Luis tuvo tres sobresalientes y tres matrículas de honor, lo que tiene un gran mérito; en Derecho Político, por lo detestable del texto, y en Derecho Civil, por lo dicho de la severidad del profesor Castro, al que por otra parte tratamos íntimamente algo después y a cuya memoria consagramos un especial cariño y admiración.

Y con esto llegamos al tercer curso, ahora normal, con otras tres asignaturas. Derecho Civil Español, común y foral (primer curso del que era titular don Blas Pérez y González, que no asistía a clase y la dejó a cargo del ayudante Antonio Hernández Gil, cuyas luminosas explicaciones revolucionaron el concepto que teníamos del Derecho Civil); Derecho Administrativo, de don José Gascón y Marín, severo profesor e indigesto texto,

pero que resultó ser el profesor más moderno, a pesar de sus muchos años, porque no examinaba. Cada trimestre daba a los alumnos un caso práctico y el texto legal correspondiente, y por el resultado escrito calificaba hasta sobresaliente, y en otro ejercicio, por el estilo, las matrículas de honor. La última asignatura era el Derecho Penal, que explicaba don Eugenio Cuello Calón, que venía de Salamanca y estaba rodeado de ayudantes como Ortego, luego catedrático, y naturalmente José Luis Messía obtuvo los consabidos tres sobresalientes con matrícula de honor.

Cuarto curso. Yo me separé algo de la promoción estudiando por oyente, a la vez este cuarto y el quinto curso, al igual que hiciera el compañero, luego embajador, Juan José Rovira Sánchez-Herrero, mientras José Luis seguía metódicamente sus estudios, obteniendo ¡cómo no! más sobresalientes y matrículas de honor.

En éste había cuatro asignaturas: Elementos de Hacienda Pública, a cargo de don Luis Usera, abogado del Estado, y de su hermano Gabriel, amenísimos expositores de tan compleja disciplina; Derecho Civil Español, común y foral, segundo curso que daba el catedrático don José M.^a Valiente, que explicaba por las Instituciones de don Felipe Clemente de Diego; Derecho Procesal, primer año, a cargo de un abogado, Juan José Molina, y finalmente Derecho Internacional Privado, que regentaba don Antonio de Luna, el hombre más atrabiliario de todos los catedráticos que tuvimos en la carrera.

Y para no perder la costumbre, José Luis sacó cuatro sobresalientes y sendas matrículas de honor.

Quinto curso. También con cuatro asignaturas: Derecho Mercantil. De éste explicaba la Letra de Cambio el titular don Joaquín Garrigues, gran tratadista y abogado, pero que en clase era impermeable a hablar con ningún alumno. Sólo después de muchos años hemos podido conocer que su adustidad encerraba un rico tesoro de humildad y de méritos poéticos y literarios. Su ayudante, el nuestro, Enrique Martínez Quesada era todo lo contrario que su maestro, y aunque muy severo, era justo y agradable con los alumnos; Derecho Procesal, segundo curso, que explicaba Apalategui, la vieja momia que tendría más de ochenta años; Filosofía del Derecho, con un texto anodino que los alumnos nos aprendíamos en el último momento, y Derecho Internacional Privado, a cargo de don Pedro Cortina, diplomático de carrera y nada más.

Y José Luis terminó la carrera, al igual que la empezó, con cuatro sobresalientes y cuatro matrículas de honor.

Terminamos la carrera doscientos noventa y ocho compañeros que luego fueron abogados en ejercicio y sin ejercicio, Notarios, Registradores de la Propiedad, Abogados del Estado, catedráticos de Universidad, Jueces y Fiscales y diecinueve diplomáticos, algunos de los cuales llegaron a la categoría personal o de escalafón de embajadores de España.

La promoción se reunió con motivo de las bodas de plata y de oro de la promoción. Por cierto que en la última pudo asistir José Luis Messía, ya jubilado y estante en Madrid, y compartimos mesa con él sus más próximos amigos con charla inolvidable, y esa fue la última vez que nos vimos personalmente, ya que por teléfono hablábamos con mucha frecuencia.

LA MILICIA UNIVERSITARIA

Cursamos tranquilamente la carrera gracias a las prórrogas que por razón de estudiar se nos concedían todos los años para cumplir el servicio militar, y mientras tanto se creó la Milicia Universitaria, e inscritos tanto José Luis como yo y otros compañeros universitarios, formamos la primera promoción en el Campamento de Robledo, cerca de la Granja de San Ildefonso, donde llegamos, huéspedes de vagones de ganado, sentados en el suelo de tablas y luego hacinados en camiones desde Segovia.

Durísimo fue el primer año de milicia en el verano de 1941, pues carecíamos de todo, pero con nuestro esfuerzo y nuestros pocos años superamos el curso y obtuvimos los galones de sargento bien ganados.

El siguiente año fue mucho mejor en cuanto al confort y a la mejor comida, y el día que nos entregaron la solitaria estrella de alférez, nos sentimos felices, y... servimos la comida que nos correspondió por turno...

De la dureza de estos cursos en el Campamento de Robledo da fe esta estrofa de nuestro himno: «...Y si sudas y resudas y te vuelves a sudar, no te apures, son tres meses que te tiras sin lavar».

JOSÉ LUIS, DIPLOMÁTICO

Terminada la carrera de Derecho fue José Luis algún tiempo, profesor ayudante en la cátedra de su tío Yangüas Messía, al tiempo que preparaba su ingreso en la carrera diplomática. El elenco de grandezas y títulos nobi-

liarios españolas del Instituto Salazar y Castro, Ediciones de la Revista Hidalguía resumía así su carrera y distinciones hasta el año de 1978:

«BUSIANOS, MARQUÉS DE.

DON JOSÉ LUIS MESSÍA Y JIMÉNEZ (12-VI-1964.—Director General de Relaciones Culturales. Ministro Plenipotenciario. Cónsul General en Estrasburgo, Jefe de la Misión Especial de España. Abogado. Grandes Cruces del Mérito Civil y de Cisneros, Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafort. Encomienda de Número de Isabel la Católica. Encomienda de Alfonso X El Sabio. Encomiendas de la Orden del Mérito de Chile y del Cruzeiro do Sul de Brasil. Caballero de la Legión de Honor. Premio Nacional Fin de Carrera en 1942. Ex Profesor A. de Derecho Internacional de la Universidad de Madrid. Ex Secretario General del Instituto de Cultura Hispánica. Ex Consejero Cultural de España en las Embajadas de París y Roma. Baños de la Encina (Jaén), 21-XI-1920. Madrid. Cea Bermúdez, 34».

Esta relación debida a la pluma del propio José Luis, resume con la frialdad de los datos su currículum vitae, pero como es natural omite el más esencial de los datos, que se trataba de un hombre bueno y de gran categoría intelectual.

Su compañero, el embajador Rafael Gómez-Jordana Prats, refería así en su Necrología:

«...Juntos iniciamos en el "Monte Amboto" nuestra gran travesía de treinta y cinco días en nuestro primer encuentro con el Ecuador, nuestro descubrimiento de América y los pasos iniciales en la Carrera Diplomática...».

LOS AÑOS FELICES DE PARÍS (1956-1960)

—¡Qué mejor destino para un diplomático amante de los libros que ser consejero cultural y director de la Biblioteca Española!

De estos días nos traza un emocionado recuerdo la doctora Carmen Guirado, su prima:

«"Doctores tiene la Iglesia", por tanto dejo para compañeros y amigos y para cuantos en el Ministerio de Asuntos Exteriores lo recuerdan con tanto cariño, que ellos hablen de su brillante carrera, de sus destacados trabajos, de sus prestigiosas actividades oficiales, de sus magníficas conferencias, de sus excepcionales dotes de inmenso diplomático, como el éxito de esta difícil consecución que nos cuenta en su libro de *Conseguir*

la entrada de España en el Consejo de Europa, sin tener aún España Constitución.

Yo sólo les hablaré de José Luis, de lo generoso, de lo bueno, de lo fiel y leal que era para sus amigos, de lo extrovertido y simpático que era para cuantos llegábamos a él. Según mi tío Pepe, "nuestro común tío Pepe Yanguas Messía" él me había conocido de pañales. Yo lo conocí a él porque fui a un stage de un año al Centro Internacional de la Infancia en París.

Me decía mi tío Pepe que tenía que aprender de él, que había respondido con creces a cuanto se le pidió para su educación y comportamiento. Yo lo admiraba como a un Dios y procuré dejar alto el pabellón de los Messías, obteniendo la más alta calificación del curso y plácemes, y los nombramientos de ayudante de dos Cátedras en la Sorbona.

Por todos lados donde pasaba lo saludaban con afecto y respeto y me presentaba a mí con mucha satisfacción de poder decir los progresos y las notas tan magníficas mías. Descubrí su faceta de extraordinario "cordón bleu", pero en el fondo yo creo que si preparar platos deliciosos con los que tanto disfrutaba, era parte de su constante inquietud diplomática, porque mi primo era el exquisito diplomático las 24 horas del día.

La semana pasada en la "Quinta del Sordo" me recordaba Herrero de Miñón lo buen amigo que era Messía y las deliciosas comidas que se molestaba en preparar con tanto entusiasmo para complacer a sus amigos. Estaba de Consejero cultural de nuestra Embajada en París y Director de la Biblioteca española. Aquel 1959-60 nuestra Embajada participó en muchas actividades. Las jovencitas familiares de los diplomáticos españoles fuimos solcitas para un desfile de modelos a beneficio de la Cruz Roja Internacional. Recuerdo lo que nos ayudó José Luis y la ilusión que le hizo el que quedáramos tan bien las españolas.

Años después coincidía yo con frecuencia con José M.^a de Arelliza en el Consejo General de Colegios Médicos, y recordábamos cosas de José Luis. Lo definía como pacientísimo, prudentísimo y desde luego clarividente, y con las señoras era un conversador agradabilísimo que, según el conde de Motrico, se las llevaba de calle.

Las tardes, vísperas de fiestas, venía al hotel donde nos alojábamos las becarias, C. du General Lanzerac, por detrás del Arco del Triunfo, a buscar carne, hacíamos una cena ligerita en su piso, y nos íbamos a oír canciones francesas que nos gustaban mucho y salíamos los dos tatareando "A la Bastille..." etc., y lo pasábamos muy bien. A él lo conocía por allí mucha gente y siempre había alguien que venía a saludarlo con verdadero afecto.

Algo muy bonito en José Luis es que no hacía partidismo y se llevaba bien con todos. Me decía: "Mira, Carmen, yo soy rigurosísimamente imparcial con todos, para todas las ideas y para todos los partidos, por tanto los parlamentarios españoles, todos, cuando vienen a saludarme y hay un contrario, ya ves, por educación, junto a mí se saludan y hasta se fingen cierta simpatía, y así, pues, se van acostumbrando a la virtud de la comprensión y de la convivencia", y yo y mis amigas nos reíamos a carcajadas de la triquiñuela que se traía para unir a la gente. Entonces en nuestra juventud no nos dábamos cuenta de lo grandioso que era esta actitud tan conciliadora siempre y en todo momento, que casi me atrevo a decir era una segunda naturaleza de su estar psicológico. La verdad es que hoy me doy cuenta que su vida ha sido en todo momento un hermoso servicio a la convivencia y a la unión y por tanto a la paz y a la justicia.

Además recuerdo a mi primo como muy buen hijo, muy cariñoso con su familia y muy emocionado, hablándome de su patria chica, su querida BAÑOS DE LA ENCINA que tanto bien ha recibido de él.

Me contaba su hermana Pilar con qué entusiasmo José Luis se ocupó de la conmemoración del milenario de la construcción del Castillo de Baños de la Encina, mandado construir por Al-Hakem II el año 968. Como exaltación muy importante para la cultura española, y antes pues de haber entrado España en el Consejo de Europa, pidió José Luis que se asociara Baños de la Encina al Consejo de Europa. Era petición del prestigioso Embajador Messía, y en el acto se le concedió, y el Consejo de Europa representado por Víctor de Panga hizo entrega al Alcalde de Baños de la Encina de la Bandera del Consejo de Europa. Ocho años después entró España en el Consejo de Europa. Gloriosos días en que se recuerda como anécdota sobre el Embajador Messía, que siendo la Embajada de España ante el Consejo de Europa, el entonces centro más vital de esta Institución, resulta que todos los embajadores procuraban ganarse la amistad del Embajador Messía, y admitían sus opiniones con el marchamo del MAGISTER DIXIT, con respeto y veneración y apreciaban ser invitados a su mesa como la más alta consideración y honor».—3 Mayo 2000.

En la obra citada (páginas 68-69) manifiesta Messía en relación directa con esta afirmación de su hermana Pilar, recogida por la doctora Guirado:

«A título de atención personal suya hacia mí, pero al propio tiempo, de gesto profundamente significativo, quiero cerrar este capítulo de la Era Smithers con un tercer episodio; el de la entrega oficial de la bandera del Consejo de Europa al castillo árabe de Baños de la Encina (Jaén), mi pueblo natal, con motivo de su milenario, celebrado el 18 de Mayo de 1969».

JOSÉ LUIS EN ESTRASBURGO

«José Luis Messía es uno de esos españoles que en su profesión alcanzó la rara condición de la ejemplaridad. Sus años de trabajo en Estrasburgo pueden y deben ser ofrecidos a las nuevas generaciones como el modelo del quehacer de un Embajador de nuestro tiempo. Messía estuvo, con alguna breve interrupción en la vida capital del Rin, hoy capital de la Europa parlamentaria, durante veinte años. Primero como Cónsul general; más tarde como Embajador preconizado. Luego como Delegado Permanente en el Comité de Ministros del Consejo de Europa...».

(José María de Arellano. Embajador de Europa, págs. 19-21 del libro de José Luis Messía. *Por Palabra de Honor. La entrada de España en el Consejo de Europa. Un largo recorrido desde el Congreso de Munich de 1962*. Editorial Partelu, S.L. Madrid, 1995).

En mis frecuentes conversaciones con José Luis, sobre todo en las mantenidas en las sedes del Consulado general primero y luego en la Embajada de España en Estrasburgo, donde yo iba en representación del Ministerio de Justicia como miembro de un Comité que estudiaba los daños en los patrimonios artísticos y su reflejo en las legislaciones penales, le insistía en que escribiese sus memorias que serían muy interesantes por la multitud de personas que había conocido y tratado y por las anécdotas vividas en primera línea de su compañero Agustín, Conde de Foxá, pero siempre me decía que no tendrían interés para el gran público, en lo que se equivocaba, y en la falta de tiempo. Y fue una lástima porque José Luis escribía muy bien en un castellano preciso, sin adjetivos innecesarios y pedantes.

Veamos cómo se decidió a escribir una mínima parte de ellas en la introducción a su único libro, *Por Palabra de Honor*.

«...En 1991 la Universidad (Ciencias Humanas) de Estrasburgo, a propuesta del Director del Instituto de Estudios Hispánicos, profesor A. Labertic, me concedió el honor de recibirme como Doctor Honoris Causa el día 8 de noviembre. Tuve como compañero de distinción al gran escritor Claudio Magris.

La Universidad me pidió unas sucintas memorias de mi largo quehacer diplomático estrasburgués para hacerlas públicas en 1994.

Jubilado ya, disponía holgadamente del tiempo que me había faltado ocho años antes y en su momento envié los manuscritos a Estrasburgo. Pero una reorganización de los servicios encargados de ello ha retrasado por el momento y tiempo indeterminado esta publicación.

En estas circunstancias y con la adecuada autorización universitaria me ha parecido del caso publicar en España esta evocación de cómo se preparó lentamente, en la sombra casi siempre, y se llevó a efecto después nuestra entrada en el Consejo de Europa, por palabra de honor, el 24 de noviembre de 1977. Y hacerlo en este vigésimo aniversario del principio de la transición y precisamente ahora que nuestro país ejerce la presidencia de la Unión Europea».

Del libro hicimos el primer comentario-resumen en este *Boletín* (octubre-diciembre) el mismo año de su publicación.

«Estamos ante un libro escrito por un diplomático de carrera, ajeno a la política y que, sin embargo, hizo política en el mejor sentido hasta lograr por sus méritos y gestiones que España fuera admitida como miembro de pleno derecho en el Consejo de Europa.

Al llegar por primera vez a Estrasburgo, en 1962, sustituyendo a otro gran diplomático, Miguel Solana Aza, llevaba la experiencia de haber servido en puestos de su carrera, con especial significación en el ámbito cultural, en Chile, París, Roma y Madrid; había conocido infinidad de personas fuera del círculo diplomático estricto, lo que le había dado una amplia visión del mundo, a lo que se unían sus grandes dotes de agudo observador de cosas y personas. Por eso fue un gran acierto del Ministerio el encomendarle una misión tan plena de dificultades como de previsibles fracasos, ya que partía de menos cero, pues estaba muy reciente el llamado en España oficialmente el contubernio de Munich, en el que, al participar personas de muy distintas ideologías políticas, se abría la puerta para que Europa supiese de verdad que España y los españoles eran algo más que la situación vigente encarnada por la figura del dictador.

Y es lo que cierto que, lejos de comprender esto, y dar alientos a esta posible variación de la situación internacional de España, los centros del poder europeo identificaban a un representante de España con un mero enviado de Franco.

Así nos cuenta Messía su primera entrevista con el Secretario General interino del Consejo de Europa, Poly Modinos, quien tras escuchar cortésmente al nuevo diplomático le contestó con estas duras y sinceras palabras:

“Sr. Cónsul. Agradezco su visita y deseo que desarrolle con normalidad sus tareas consulares. En cuanto a las europeas, he de decirle que salvo la grosería y la mala educación que no son prácticas del Consejo de Europa, no encontrará en esta Casa en las circunstancias actuales, otro eco que el

de la cortés indiferencia, sin la menor simpatía, ni –menos– propósito de ayuda a su trabajo”.

Prueba de esa indiferencia es que el Secretario General, ni siquiera miró la tarjeta de visita que le entregara Messía, y al verla y preguntarle días después en una recepción si era pariente de Yangüas Messía, y decirle que por partida doble de Messía y Jiménez, le dijo que era su amigo personal y le aclaró sus primeras y desabridas palabras anteriores:

“Al Cónsul sólo podría repetirle, aunque no voy a hacerlo, lo que le dije el otro día. Pero a la persona, en cambio, que es usted deseo añadirle ahora que lamento sus dificultades actuales y que desearía que el futuro las fuese poco a poco atenuando”.

Fue éste el primer triunfo de Messía en su dificultosa misión y se lo debió a la caballerosidad de su interlocutor y a la sombra de aquel gran linarense e intachable caballero que fue don José Yangüas Messía.

Pasaron unos meses y Modinos aceptó participar como copresidente en una cena en honor del ascenso de algunos funcionarios del Consejo. La distensión era tal que al agradecer Modinos el acto en nombre de sus colaboradores, terminó con estas palabras:

“Gracias nuevamente: Señor representante de España, y que las circunstancias hagan posible algún día la entrada de su país en el Consejo de Europa”.

Y la nota de humanidad característica de Messía, lo dice parcamente y así lo recogemos:

“Bien entrado el invierno acudí una noche, casi de madrugada, a la Estación de Estrasburgo para despedir (al sustituido Secretario General) Benvenuti, que tomaba el tren para Italia. Años antes había sido recibido en gloria y majestad. Hacía un frío de justicia y en el andén sólo estábamos tres personas para decirle adiós: su secretaria, el Jefe de Protocolo y yo mismo. Al salir el convoy se le humedecieron los ojos”.

La misión de Messía en Estrasburgo terminó en 1970. Al salir dejaba realizada la tarea primordial que le había sido encomendada. Al iniciar la segunda como Embajador observador reflexionó durante el vuelo Madrid-Franckfort con estas nobilísimas acotaciones, que definen nítidamente su personalidad:

“Aunque nunca fui Agente Secreto, cuando recordaba las difícilísimas circunstancias en que llegué en 1962 y las prometedoras en que lo hacía ahora, me hice en primer término, la consideración de que a aquella especie de oveja negra representante de un régimen autoritario, sucedía

ahora el nuncio de una democracia anunciada. Me convertía así en una especie de monstruo diplomático de dos sucesivas cabezas. Pero al profundizar algo más el análisis me sentí plenamente consciente conmigo mismo. Durante mis primeros ocho años (1962-1970), al tiempo que iba cambiando la sociedad y en parte también la vida política española —gobierno y oposición— procuré hacerme puntual intérprete de este cambio y contribuir, así creo, que decisivamente a la masiva participación de expertos españoles en los trabajos del Consejo de Europa y a la plena conformidad del Parlamento europeo, con el Acuerdo Comercial Preferencial de 1970, antesala del ingreso de España en la Comunidad, cuyo habilísimo negociador en Bruselas había sido el embajador Alberto Ullastres”.

Concilió así Messía la fidelidad debida al Jefe del Estado y el cumplimiento de lograr que se suavizasen las intransigencias europeas contra aquel régimen y que España era algo más que un dictador, y que caminaba lentamente hacia una situación democrática en la que él creía.

No vamos a seguir relatando cuanto con mejor pluma dice el autor. Sólo hemos querido situar unos puntos de referencia como anticipo para los que lean el libro y saquen sus últimas consecuencias.

El mérito de un trabajo diario, agotador, sin descanso, visitas sobre visitas, el atender a los menores detalles, recibir a cuantos españoles iban a algún Comité de los muchos que se creaban en el seno del Consejo de Europa, donde éramos bien recibidos gracias a nuestro embajador, y de eso podemos dar personalmente fe.

Toda esta labor fue recompensada el doce de octubre de 1977 en que España entró “de hecho” en el Consejo de Europa, por palabra de honor, de que en la próxima Constitución se respetaría el Convenio de Derechos Humanos, lo que declararon todos los representantes de los partidos políticos en el mismo Estrasburgo.

Este fue el día de un giennense nacido en Baños de la Encina, de ubetense linaje, que podría recordar en esos momentos los pasos que por esas tierras había dado don Diego López Mexía, Gentilhombre y Capitán de la Guardia de Carlos V, al que asistió en Alemania y Flandes, y al Maestro de Campo General don Agustín Mexía, tan bien quisto de sus compañeros de armas, españoles, flamencos e italianos que bien pudo escribir en 1610 el Capitán Alonso Vázquez:

“Fue bien quisto de todos los soldados y tan amado dellos que ningún Capitán se le igualó por su afabilidad, buen término y cortesía”.

Justo las cualidades que concurrían y concurren en José Luis Messía, Marqués de Busianos y Embajador de España».

Al recibirlo José Luis me mandó esta carta:

«Madrid, 30-XII-1995.

Querido Enrique:

Te agradezco en todo lo que vale, que es muchísimo para mí, el artículo sobre mis memorias que has enviado a la revista de nuestro Instituto de Estudios Giennenses y los juicios que tan generosamente haces sobre mi misión llegan a confundirme. Aprecio asimismo mucho tus referencias a tío Pepe Yangüas y a los remotos don Diego López Messía y don Agustín Messía. ♣

He querido decirte todo esto de palabra, pero no he tenido suerte con el teléfono.

Felicísimo año nuevo y el mayor abrazo de tu agradecido amigo y compañero.

José Luis».

* * *

El libro se presentó en el Casino de Madrid el 12 de diciembre de 1995, a las veinte horas. La presentación corrió a cargo de nuestro compañero de carrera don Eduardo García de Enterría y don Fernando Álvarez de Miranda, Defensor del Pueblo, e intervinieron don Gregorio Peces Barba, Rector de la Universidad Carlos III de Madrid; don Antonio Fontán, ex-presidente del Senado y don Juan José Bellod, periodista.

García de Enterría era autor del epílogo, y aquí nos honramos, con su previa autorización, a reproducir cuanto entonces dijo:

«Mi viejo y gran amigo José Luis Messía me pide unas palabras de cierre de este hermoso libro, que es un reflejo pálido de una hermosa vida y de un bello servicio.

Yo conocía a José Luis Messía en el ya lejanísimo académico 1941-1942, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, en la clase de nuestro inolvidable maestro –modelo de finura personal e intelectual– don Joaquín Garrigues. En el verano de 1942 convivimos los dos durante tres meses completos en la misma tienda del Campamento de La

Granja, en la dura primera promoción de la Milicia Universitaria. Nuestra amistad quedó entonces sellada para siempre.

Su resuelta vocación hacia la carrera diplomática, que su entusiasmo y sus éxitos han más que justificado, nos apartaron muchos años, aunque nuestro interés recíproco nos mantenía a cada uno al tanto del otro, afectivamente.

Estando él de Director General de Relaciones Culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores se produjo en Chile el golpe militar de Pinochet. Yo acababa de estar allí, con ocasión de un Congreso, conocía a algunos de los protagonistas políticos y, al leer en el periódico de la mañana el extraordinario suceso, sentí inmediatamente que alguno de mis amigos chilenos podría encontrarse en riesgo de muerte. Pensé, inmediatamente, en mi colega el profesor Enrique Silva Cimma, que ostentaba el cargo de Presidente del Tribunal Constitucional en el régimen Allende, desde el cual, por cierto, así como por su relación personal con el Presidente, había intentado vanamente moderar a éste. A las 9 de la mañana del día en que la prensa recogió el final de la poco gloriosa batalla de la Casa de la Moneda o residencia presidencial, hablé por teléfono con José Luis Messía, que conocía muy bien el ambiente de Chile, por haber hecho allí sus primeras armas como diplomático. Le expuse mis temores, sugiriéndole que llamara al Embajador de España en Santiago para que protegiese a Enrique Silva, incluso ofreciéndole asilo en la Embajada, según la institución consuetudinaria implantada en toda Hispanoamérica. Messía, que tenía noticia de la personalidad y del prestigio de Enrique Silva, hizo en el acto suya esta idea, llamó por teléfono personalmente al Embajador Enrique Pérez Hernández, y minutos después el Embajador en persona, en su coche oficial, con la bandera bien visible, se trasladó al domicilio de Silva al que sorprendió con su ofrecimiento de protección. La autoridad militar estaba aún en sus primeros pasos y se había limitado a situar algunos hombres en los alrededores de la casa de Silva, los cuales fueron testigos del interés del Embajador español, que, ante la negativa de Silva a acogerse a la Embajada, le visitó algunos días más y le rogó que le avisase al primer síntoma de riesgo. Enrique Silva me contó que ese hecho fue probablemente decisivo para salvar su vida. Tras un tiempo de exilio, Silva volvió a Santiago para encabezar la lucha por la democracia como Presidente del Partido Radical y jugó un papel decisivo en la peculiar transición democrática chilena. Fue Ministro de Asuntos Exteriores (Canciller, en la terminología hispanoamericana) en la Presidencia de Alwyn, hasta hace unos meses. He aquí un ejemplo característico de la generosa *longa manu* de José Luis Messía.

Pero mi relación con José Luis Messía se haría mucho más intensa en su segunda y memorable misión en Estrasburgo, como representante del Gobierno español. Ya en la primera de sus dos misiones ante el Consejo de Europa había logrado, de forma inverosímil, integrar a funcionarios españoles en las tareas de esa institución, pionera de la democracia y de la libertad. En su segunda misión las relaciones trabajadas personalmente por Messía con el Consejo de Europa jugaron un papel determinante del propio proceso de transición y democratización política, no dudo en afirmarlo. La firma del Convenio Europeo para la protección de los derechos humanos y libertades públicas, la gran carta de Estrasburgo, se hizo en noviembre de 1977, apenas aprobada la Ley para la Reforma Política por el gobierno Suárez, como una decisión deliberada de inequívoca y definitiva implicación democrática, y la sugerencia de Messía jugó en ello un papel de primer orden. Al producirse su ratificación en septiembre de 1979, tuve el gran honor de ser propuesto por el Ministro Landelino Lavilla y por el Gobierno Juez en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, siendo elegido como tal por la Asamblea del Consejo de Europa. A partir de entonces comencé a frecuentar todos los meses al Embajador Messía, en su acogedora y hospitalaria Embajada. Que España participase de pleno derecho en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos le llenaba de alegría: justificaba toda su impresionante labor; que yo personalmente desempeñase ese papel, reanudando así nuestra juvenil amistad, le caldeaba aún más esa alegría. La embajada de España ante el Consejo de Europa fue entonces uno de los centros más vivos de esta institución. Todos los demás embajadores pugnaban por ganarse la opinión de Messía, todos los funcionarios del Consejo admitían su autoridad y consideraban sus invitaciones (¡fabulosa cocina la que allí se lucía!) con el mas alto honor.

Pero la labor de Messía no concluía ahí. A Estrasburgo aflúan políticos y funcionarios españoles que hacían su noviciado europeísta y que soñaban con arribar, finalmente, a la Europa más institucionalizada y firme de las Comunidades Europeas. Las reuniones de la Asamblea llevaban periódicamente a Estrasburgo hornadas de parlamentarios españoles. José Luis Messía fue el iniciador de esos fervores europeístas, tanto tiempo atrás imaginados, y cuya culminación última producía entusiasmo, de una buena parte de la clase política española. Él los ponía en relación con los políticos y funcionarios europeos; sutilmente destilaba en sus mentes los secretos de la convivencia europea, que marca ya el final de este siglo. Quienes hemos visto a José Luis Messía entregarse con fervor, con tesón, con una enorme inteligencia a esa labor didáctica, que ha sido y será decisiva para el futuro de nuestra patria, le profesamos gratitud y admiración muy profundas.

Ahora Messía impulsado por la Universidad de Estrasburgo más que por nuestras propias instituciones, ha redactado una memoria, casi profesional, de sus misiones europeístas. Es una lección de diplomacia activa, que deberán estudiar los jóvenes diplomáticos como un modelo de difícil perfección; es un recuerdo de una hazaña de servicio al Estado que merece ser recordada, y no sólo por quienes la vimos madurar en su ejemplar desarrollo; es, además, un deleite para todos los posibles lectores.

De todo ello es justo acreedor el formidable Embajador José Luis Messía».

De las notas –escuetas– publicadas en la prensa sobre este solemne acto de presentación, copiamos la reseña de Martín Prieto en el *Mundo*, del día 18:

«José Luis Messía, Embajador de España.

Entre diplomáticos y periodistas suele ser mutua la desconfianza porque han de entenderse muy distintas profesiones contrapuestas, aunque al fin acaban confluyendo; el oficio del tacto y la discreción y el del osado desenfado y la revelación de los secretos. Perros y gatos. Yo al menos he tenido mucha suerte con nuestros diplomáticos, y excepto algunos descerebrados que en todo menesteres has de encontrar, siempre hallé no ya el servicio del Estado que se les imbuye, sino atención personal y profesional al español que deambula por el mundo. Paradigma de lo mejor que produce nuestra Escuela Diplomática es el marqués de Busianos, José Luis Messía, hombre que culmina el mayor refinamiento con el coraje físico y moral, embajador de España no sólo por haberlo sido, sino por haberse ganado el grado en su escalafón. *Por palabra de honor* es un relato de José Luis Messía, donde nos cuenta quince años de esforzado trabajo en Estrasburgo poniendo una de las primeras piedras de una España europeísta.

De no mediar olvido y mezquindad, el embajador Messía habría sido invitado de honor español en la Eurocumbre de Madrid».

Y no lo fue, lo que hace recalcar más la nobleza con que refiere en este libro, en primer lugar las gestiones del embajador Ullastres en Bruselas con el que tuvo constante relación en pro de los intereses de España en Europa de los que dice en el libro que en Madrid se veían con cierto desagrado.

Y luego el afirmar que la entrada de España en ese momento, allanado ya el camino fue posible tan solo por las gestiones de Felipe González con el grupo socialista de la Cámara.

Y lo relata así:

«A primera hora de la mañana del martes día 11 di la bienvenida al pie del avión a Felipe González. Con claridad absoluta le dije que estaba en su mano el que entrásemos o no en el Consejo de Europa. Con no menor claridad me contestó en el acto que se emplearía a fondo con sus correligionarios europeos, no sólo para abrimos el camino, sino para convencerlos además de que fuesen ellos, los socialistas, quienes como grupo político tomasen la iniciativa "como sucedió", y en el libro figura la fotografía de Felipe González vestido de pana pronunciando su prometido discurso».

Casi igual sucedió con Santiago Carrillo. Éste, después de escuchar los criterios de Messía sobre cómo actuar en la sesión, le dijo y así lo escribe Messía:

«Recuerdo que Santiago Carrillo se fue directamente al grano y me dijo, creo que textualmente: "Yo sé mucho de mi partido y del exilio, pero no sé nada del Consejo de Europa. Usted que tanto sabe, dígame lo que tengo que decir". Y su intervención fue agudísima por cierto».

La presentación en sí, y vista como expectador que fui de filas constituyó un gran éxito y el autor vivió una auténtica noche de gloria que le hizo olvidar ingratitudes y su delicado estado de salud.

En el ejemplar que me envió días antes puso José Luis esta dedicatoria:

«A Enrique Toral, compañero y amigo de juventud y de siempre, historiador máximo de nuestro Reino de Jaén, incluida la de mi familia, con mi gran admiración y muy profundo afecto. Busianos. Nov. 1995».

JOSÉ LUIS CONFERENCIANTE

A lo largo de su fecunda vida intelectual y diplomática, José Luis Messía pronunció muchas conferencias que desgraciadamente no han llegado a nuestro conocimiento, salvo la que envió al *Boletín* en 1996 y se insertó en el volumen tercero del homenaje que tan generosamente se me hizo, y que tuvo su origen en una charla en la Fundación Areces en 1990; y aunque es anterior a la publicación de *Por palabra de honor*, viene a ser un anticipo de sus inconclusas memorias. Con el título «Dentro y fuera del plato. Algunas notas y anecdotario personal», hace profundas y a veces divertidas reflexiones sobre la importancia de la buena comida en las relaciones diplomáticas.

Citando los precedentes de los gigantes Talleyrand y Metternich que la utilizaron como una de sus mejores armas de conquista, desgrana Messía sus recuerdos.

«Sigue —dice— una relación de experiencias personales. El conocimiento en el París de los años cincuenta de Simón Arbellot y de Curmosky, Príncipe de los Gastrónomos. El nacimiento de la Vichyssois. La Paella Alfonso XIII con huevos fritos. El segundo centenario de la salsa mayonesa (o mahonesa) y el cuarto de abdicación en Bruselas y muerte en Yuste del Emperador Carlos V, gastrónomo eminentísimo. Las pulardas del Palacio de Viana, residencia oficial del ministro de Asuntos Exteriores. Los consejos gastronómicos en Roma a Bob Kenndy y el picante imprevisto protagonizado por su bella esposa que tanto impresionó a mi secretario. El "Canigon" para perros, plato fuerte de una importante comida. Una reflexión sobre el champagne. Y para final, la evocación de un sobrio e inolvidable yantar de campaña en 1974 en el Reino de Jordiana».

Pero es de señalar que reconociendo esta gran importancia, Messía la circunscribía a las relaciones oficiales que por razón de su oficio tenían que frecuentar y potenciar los diplomáticos de todas las nacionalidades para sus recepciones oficiales, porque en lo referente a sus preferencias personales, Messía a quien le gustaba la buena comida no era su esclavo y así nos dice:

«La buena relación que existe entre gastronomía y diplomacia no borra ciertamente los matices y particularidades que distinguen a la una de la otra. Se admite que hay tres clases de cocina, la llamada de corte o gran cocina, la cocina burguesa y la popular que los franceses llaman campesina (paysanne). Yo personalmente prefiero las dos últimas, pero la mesa diplomática, cuando es de representación, se inspira predominantemente en la primera».

Nuestro compañero García de Enterría que a partir de su elección por la Asamblea del Consejo de Europa, juez en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, empezó a frecuentar todos los meses al Embajador Messía en su acogedora y hospitalaria Embajada «...La Embajada de España ante el Consejo de Europa fue entonces uno de los centros más vivos de esta institución. Todos los demás embajadores pugnaban por ganarse la opinión de Messía, todos los funcionarios del Consejo admitían su autoridad y consideraban sus invitaciones (¡fabulosa comida la que allí se lucía!) como el más alto honor».

Y es cierto que en la Embajada de España se comía muy bien, pero también es cierto que no lo era todos los días.

Messía nos dice en su libro, página 40:

«Por lo que a la Casa se refiere me instalé como mejor pude (1962) en el atractivo Consulado de la casi emblemática Allée de la Robertsau, al que un oportuno toque de decoración prestó un cierto aire de "Embajadita". Y con la presencia en la cocina, una o dos veces por semana de una admirable banquera estrasburguesa, creo haber tenido siempre, gastronómicamente hablando, mi mesa a la altura de las circunstancias». (En realidad se trata de un precioso palacete completado con otras dependencias).

* * *

En cuanto a sus experiencias personales diremos que la paella Alfonso XIII con huevos fritos coronándola no pasa de ser una aberración culinaria digna de perpetuo olvido; que las pulardas del Palacio de Viana no representan más que un abuso de la valija diplomática aérea con final humorístico: «las ilustres viajeras llegaron sin novedad, sin más interés y en cambio son interesantísimos sus opiniones y comentarios sobre el origen de la Vichyssoise y la salsa Mahonesa.

De la primera dice:

«En el verano de 1953 me encontraba de paso en Nueva York y hacía un calor tan sofocante que daba la razón a Julio Camiba, cuando afirmaba que en la gran metrópoli, todo se importa, incluido el clima, que se hace directamente en invierno del Polo Norte, y no menos directamente en verano, del ardiente trópico. Me alojaba en el Hotel Waldorf-Astoria y, en plena canícula, se estropeó el aire acondicionado. Bajé a la cafetería, quise empezar mi frugal colación con algo fresco y, a falta de gazpacho, pedí una sopa fría, llamada Wichyssoise, que por cierto encontré excelente.

Poco después estaba en Madrid (de donde había faltado seis años), y fui un día a comer a Jockey. Todavía hacía calor y como vi en la carta la wichyssoise, no dudé en pedirla. Estaba tan buena como la de Nueva York».

Como nadie sabía en París de su origen, «la wichyssoise era la gran desconocida de los tardos cincuenta», pidió Messía opinión a su amigo el cocinero Arbellot y le contó, más o menos que:

«Un caluroso día de verano el cocinero del Embajador de los Estados Unidos en Vichy, almirante Lear, ofreció a su jefe la sorpresa de una

sopa fría hecha a base de consomé, puerros y nata a la que por razón del lugar llamó Vichyssoise. El acierto del chef y la canícula ayudado al éxito del descubrimiento».

El Almirante trajo a Madrid a su cocinero y piensa Messía que allí le conoció Clodoaldo Cortés, que utilizaría sus servicios hasta que se fue por las gestiones del Almirante a los Estados Unidos y parece que trabajó algún tiempo en el propio hotel Waldorf y allí popularizó su sopa fría.

Pero Messía puntualiza que pese a la autoridad del testimonio y a lo sugestivo de la historia —o quizás por esto último— hay quienes piensan de otro modo y atribuyen la creación a un cocinero francés durante la Feria Mundial en New York (en la que por cierto llevó la dirección del Restaurante Español el propio Clodoaldo Cortés).

Y la Salsa Mahonesa.

En una sesión de la Academia Brillat-Savarín celebrada en el salón de actos de la Biblioteca Española en París, dirigida por el propio Messía, se habló de la mayonesa, de sus glorias gastronómicas y de las controversias que el nombre suscita tajantemente zanjadas —como era de esperar en una casa española— en favor de la ciudad menorquina y de la buena mano de su creador, cocinero del Almirante Duque de Richelieu, cuya escuadra sitiaba la plaza y cuya leyenda de alcoba y mantel no dejó ciertamente de ser evocada.

Y añade Messía:

«Por cierto, según acaba de escribir Nines Arenillas, autoridad siempre en materia gastronómica. Parece que Cela encontró hace años otra pista, asimismo menorquina, pero no de mar sino de tierra firme, que justifica asimismo el nombre de la salsa, pero referido en este caso a la "galantería" del Almirante con una bella dama maonesa, cuyo nombre guarda celosamente el archivo de la familia».

Y esta referencia a nuestro compañero de promoción y buen amigo Camilo José Cela nos conduce al domingo 8 de febrero de 1998 en que en el *A.B.C.* insertó Camilo un artículo en nada menos que cuatro folios con el título de *Salsa Mahonesa*.

Partiendo de la lectura de un artículo de José Pla, publicado en Destino en 10 de abril de 1948 en el que se dice; cuando el poeta francés Lancelot publicó sus célebres versos a la salsa mayonesa en el siglo XVII, investiga si era cierta la existencia de este poeta y de otros que del mismo nombre pu-

dieran ser autores, citando después a Ángel Muro, Pedro Ballester y Manuel de Saralegui y el Diccionario de la Academia Española en su edición de 1884, voz Mayonesa, para concluir, leídos varios diccionarios franceses que creen que mayonesa viene de maonesa, citando al duque de Richelieu en 1756, para concluir, como nos advertía Messía que

«no es casual, a mi modo de ver, esta relación que los gramáticos franceses establecen entre el duque y la salsa, e incluso pudiera llegar a demostrarse documentalmente que el mismo Richelieu fue quien la bautizó con el nombre de *mahonnaise*, si alguien alcanzara a quebrar cierta muy concreta resistencia atrincherada tras el bastión al que ahora –y para entendernos– me atreveré a llamar pudor histórico o defensa de la virtud a más de dos siglos vista. En el desván de una familia menorquina –si la humedad no la borró o si los ratones no acabaron comiéndosela– se guarda una carta del duque, el hombre al que gustaban tanto la mesa como las mujeres que ya octogenario –y tras no haberle hecho ascos jamás ni al mantel ni a la sábana– reincidió por vez tercera en el matrimonio; la carta iba dirigida a esa trasabuela amorosa que jamás falta en las mejores familias, y en el párrafo que nos interesa, decía así: “...y por si fuese posible que yo me olvidase de vos, madame, esa salsa mimosa con la cual tantas veces hicisteis feliz mi paladar, se encargara de hacerme recordaros, desde este momento os digo, que en la imposibilidad de darle vuestro nombre, le llamo mahonesa”.

No he visto esa carta, y puedo creer a quien me lo dijo con la misma fe e igual convencimiento, con que puedo ser yo no creído por los demás, quizá en algún instante acabe por salir este curiosísimo documento a la luz, tras alguna amnistía general de los hermosos y confortadores pecados contra el sexto matrimonio».

¡Dejemos unidos aquí los nombres de estos dos queridos compañeros y amigos!

RESEÑA ACTIVIDADES